

ESPAÑA PINTORESCA.



El Pantano de Bibi.

Los vecinos de la ciudad y huerta de Alicante, viendo la escasez de aguas que experimentaban muchas veces para el oportuno riego de sus fértiles tierras, recurrieron al arte para conservar en un estanque las aguas inútiles en invierno, distribuyéndolas en verano con suma regularidad y economía. Escogieron para hacer la citada obra la garganta situada entre los montes Mos del Bou y Cresta, ambos de peñas sólidas calizas en bancos sobrepuestos desde la raíz hasta la cumbre, de los cuales el llamado Cresta queda en la orilla occidental, y el otro en la oriental. Allí levantaron un murallón de sillares labrados en la parte exterior, macizado de cal y canto en la interior, el cual apoya sobre las peñas de los montes: tiene 196 palmos de alto, 87 de grueso en su mayor altura, y 340 de largo que es la distancia de los montes entre lo más alto de la obra, donde queda una espaciosa terraza de sillería. Esta obra no fue tan magnífica en un principio. Empezóse en 1579,

y se levantó el paredón hasta la altura de 26 palmos, la cual, siendo insuficiente se aumentó hasta la actual, habiéndose concluido la obra en 1594. Acceció después, en 1697 una quiebra considerable, bien que menor que la esperada por los mal intencionados, que querían destruir el Pantano; y se reparó enteramente en 1738.

En la estremidad occidental de la terraza hay un ancho boquete con su compuerta para dar salida á las aguas, cuando son tan copiosas que superan aquella altura: las restantes se creen suficientes para regar la huerta, y suelen formar una laguna de media legua de estension, y en partes de ciento y más palmos de profundidad. En la raíz del murallón hay una espaciosa galería que lo atraviesa, destinada á facilitar paso á las aguas é inmundicias del Pantano, cuando este se limpia, que es cada cuatro años. La boca meridional de la galería está cerrada con una reja de hierro, y la

septentrional con una puerta de madera, muy fuerte y calafateada, que rompen al tiempo de la limpia. Al lado de la galería, y á unos 20 palmos sobre el fondo del barranco, se ve en el grueso del murallon un nicho con su puerta, donde está el torno para bajar ó levantar la paleta, que es el regulador de las aguas que deben salir para el riego; las cuales llegan desde el estanque á la paleta por un conducto excavado en la peña viva sobre que descansa parte del murallon, y salen con la velocidad y fuerza correspondientes al peso de la columna que sostienen. Siguen despues á descubierto por un largo canal igualmente excavado en el monte, hasta tropezar en la peña, y estrelladas allí caen al cauce del barranco, y dan origen al riachuelo.

Desde allí puede subirse á la terraza ó esplanada en poco tiempo, tomando la escalera excavada entre el monte y el murallon; pero es tan angosta, desigual y peligrosa, que solo es de uso para los acostumbrados á ella. Mas seguro, aunque mucho mas largo, es el camino de las cuestas que conduce á las alturas, y desde ellas mirando hacia el Pantano se descubrió la vista que representa el grabado que precede. Véase formar el riachuelo de las aguas que en cascadas caen hasta el fondo del barranco; descúbrese la galería, el murallon entero, y sobre la terraza la dilatada laguna cuanto alcanza la vista, que limitan las cordilleras de los carros prolongados hacia el norte. Sus diferentes alturas y formas, la variedad de colores del terreno con la multitud de arbustos que en él crecen, amenizan el pais, y lo hacen sumamente vistoso. Como las aguas reunidas en aquella laguna provienen de las lluvias que robaron tierras en los yezaras y campos de la hoya, llegan al Pantano cargadas de légamo, que precipitado en capas sucesivas forman un cortezon de muchas varas en lo interior del estanque. Este quedaria inútil en pocos años, si no se limpiase con frecuencia; operación peligrosa cuando no se hace con el mayor cuidado.

Llegado el tiempo de limpiar el Pantano, concurre mucha gente de los pueblos vecinos, y van de Alicante los Diputados que deben autorizar el acto. Los operarios abren la reja de la galería y entran hasta la puerta de madera, que arrancan, quedando las aguas contenidas por el duro y grueso cortezon de arcilla y légamo: excavan en él algunos pies en el interior del estanque, y suben á la terraza ó esplanada, desde la cual introducen una larga barrena con que taladran el cortezon, estableciendo así una comunicacion entre el agua y la cueva que excavarán en el légamo. Apenas se verifica el paso de la mas mínima porción de agua, es temeridad mantenerse en la galería ó cauce del barranco; porque las aguas con su grande peso y empuje contra el agujero lo ensanchan en un momento, extendiéndole casi al diámetro de la galería, y salen con furioso ímpetu, llevándose consigo las inundicias y cuanto encuentran al paso. En una de estas ocasiones se llevaron al Escribano y Comisionado de Alicante, que imprudentemente se detuvieron en el barranco mas tiempo del que debían; y arrebatados por la corriente, fueron despues hallados sus cadáve-

res á larga distancia, desnudos, mutilados y negros.

Hemos tomado esta descripción de la que hace *Don Antonio Cavanilles*, en su obra *Observaciones sobre la Historia natural, Geografía, Agricultura, Poblacion y frutos del Reino de Valencia*.

CRONICAS DE CASTILLA.

ALVAR NUÑEZ, CONDE DE LARA (I).

III.

Doña Malfada estaba inconsolable por haber dado con su enlace, verificado tan de ligero, motivo para que el Pontífice tomase tales medidas. De todo culpaba á D. Alvaró, que conociendo, como no podia menos de conocer el impedimento que mediaba, trabajó cuanto pudo para que se efectuase; digno de él era este proceder, estando ya descomulgado por Don Rodrigo, Dean de Toledo. Doña Malfada desengañada del mundo, sembrado de espiñas que penetran los pliegues del mismo dosel, queria retirarse de su bullicio, pero Alvar Nuñez se lo prohibió bajo diferentes pretextos en apariencia laudables. Creyó en su delirio poder sustituir al Rey, y sin consideracion á sus lágrimas, y á pesar de estar casado con Doña Urraca Diaz de Haro, tuvo la osadía de hablarle de matrimonio. Doña Malfada le respondió, si ya no con la autoridad de una Reina, con el desprecio é indignacion de una muger ultrajada.... Tampoco podia entenderse con los Señores sus partidarios, para que la sacaran de Burgos por engaño ó por fuerza, por la vigilancia con que la guardaban los satélites del Conde. A fuerza de dinero pudo lograr al fin que uno llevara á Don Alonso una carta, en que le manifestaba la necesidad que tenia de su socorro; no era menester otra cosa para que un caballero de entonces empleara su brazo, y espusiera su vida hasta vengar la ofensa hecha á una dama. El temeroso D. Alvaro, receló esta intriga, é hizo pagar bien caro el atrevimiento á cuantos supuso que habian tomado parte en ella. También estrechó la suerte de Doña Malfada, prohibiéndole hablar con cualquiera que no fuese de Palacio, y no permitiéndole pasear mas que una hora por las tardes en el jardín.

Todo lo tenia ya arreglado D. Alonso, solamente faltaba coyuntura para señalar á Doña Malfada el momento para marchar. Los medios empleados en un principio fueron ineficaces, ademas de peligrosos; lo primero porque llenos de terror los criados, ninguno se atrevia cargar con tal misión; lo segundo porque la menor indiscrecion de estos, todo lo hubiera descubierto. Así pasaron algunos dias, hasta que al fin sabedor D. Alfonso del sitio por donde la Infanta se paseaba, que era el mas frondoso del jardín, ideó una maña, cuyo éxito fue tan feliz como él deseaba; era la de arrojar dentro de una naranja un papel con es-

(1) Véanse los números 12 y 13.

tas únicas palabras escritas. «Esta noche á la una... contraseña un silvido.» La naranja cayó á los pies de la discreta Portuguesa, que en extremo alegre como quien va á ser puesta en libertad, despues de una larga y penosa prision, subió á su cuarto á disponer lo necesario para el viage. Esta noche todo iba bien, el Gobernador faltaba de Palacio, se decia que habia ido a contener y castigar una de las muchas sediciones que turbaban el reino.

En las doce, y mientras las gentes de Palacio yacian en el mas profundo silencio, Doña Mafalda postrada delante de un Crucifijo, le encomendaba, bañada en lágrimas, al que fue su esposo, y le pedia auxilios para salir sana y salva de aquella difícil empresa. «Sobre todo, dijo, hazed Dios mio que no vuelva á ver ni á saber del Conde de Lara»

—Aquí estoy... respondió saliendo de la alcoba de la Infanta. Esta dió un grito de espanto al verlo. Don Alvaro esperaba un desmayo para aprovecharse de el, pero el cielo le envió sus socorros como le habia implorado.

—¿Alvar Nuñez, dijo serenándose, no me has de dejar tranquila ni aun en el sagrado retiro de mi aposento? ¡Genio del mal!... ¿me has de perseguir como una siniestra sombra hasta los pies de un Santo Cristo?

—Disculpadme por piedad, Señora... mirad la pasion que me devora, que me embarga la razon, que no puedo contrariar; contemplad mis tormentos y no me culpareis tan cruelmente. ¿Sabéis á lo que me espongo, si no pronunciais una palabra de esperanza? Si, pronunciadla...

—¡Calla!!! replicó Doña Mafalda, llorando. Infeliz de mí! lejos de mi patria, sin poder llamar esposo al que era mi encanto, sin apoyo, perseguida á todas horas y en todas partes por el que se complace en llevar mi vida de amargura... ¿Qué haré yo?...

—Amarme y seréis respetada en Castilla, Señora de un trono, de cuanto deseais.

—¡Amartel... eso sería un crimen atroz; el remordimiento me lo pintaria espantoso en el manto de púrpura, insufrible en medio de los placeres, si me acercara á ti se interpondria entre los dos.

En este tiempo empezaron á oírse algunos silvidos que importunaban tanto á D. Alvaro, cuanto daban energía á Doña Mafalda; prosiguió esta.

—Te miraría con ojos espantados como seductor que habias sido de mi inocencia, te aborrecería como al mas despreciable de los hombres.

—Mi amor tambien ha luchado con mi conciencia, pero solo he conseguido veros mas hermosa, mas divina, y sentir mas violenta la pasion que despreciáis... ¡Condoleos de mí!...

—Jamás...

—Pues bien, ya que no te causan impresion mis ruegos, y tanto horror te inspiro sin motivo... lo tendrás en adelante: y se dirigió, fuera de sí, hacia la Infanta.

—¿Que vas á hacer miserable!... caminas á tu perdicion; esos silvidos que no cesas de oír, son los gritos de mis partidarios que se reunen para libertar á

Castilla del mayor tirano... Y abriendo la ventana le mostró el número considerable de caballeros embosados que se paseaban por la calle.

—Estoy vendido, gritó Alvar Nuñez desesperado.

—Tus vicios te venden, y tus injusticias, le respondió la jóven heroína.

El conde corrió á esconderse, y Doña Mafalda salió de Burgos acompañada de D. Alonso y otros caballeros.

—

Se veía en el presbiterio de la Iglesia del convento de Rucha (Portugal) un venerable prelado leyendo fervorosamente en un libro; á su lado un monacillo oscilando un incensario que despedia gratos perfumes... Mas allá una monja, quitaba de las manos de una jóven con los ojos elevados, preciosos diges para darle un crucifijo, la despojaba de todas sus galas para vestirla con el hábito de la orden, otra le cortaba la rubia y perfumada cabellera, las demas monjas cantaban en coro algunas alabanzas al Señor... Aquella misma noche, la nueva religiosa, mientras las demas reposaban en dulce sueño, hacia retumbar su angosta celda con sus religiosos suspiros; recostada en un áspero lecho de estera, daba el último *adios* al mundo, y tributaba las postreras lágrimas á ciertos recuerdos que el hombre jamás olvida... y ama hasta el sepulcro.

MIGUEL LOPEZ MARTINEZ.

MISCELANEA.

PROVERBIOS ORIENTALES.

El trabajo es lo que da á conocer el verdadero valor del hombre. así como el fuego desarrolla el perfume del incienso.

Los grandes rios, los corpulentos árboles, las plantas saludables, las gentes honradas, no nacen para si mismas, sino para ser útiles á los demas.

Disfrutad los beneficios de la Providencia; en esto consiste la sabiduria: hazed disfrutar de ellos á los demas, esta es la virtud.

Todos los granos de arroz que comeis han sido regados con el sudor de un labrador.

Cuando estés solo, piensa en tus defectos; cuando estés acompañado, olvida los de los demas.

Cuida de tu casa, y sabrás cuanto cuestan la madera y el arroz; educa á tus hijos, y sabrás cuanto debes á tus padres.

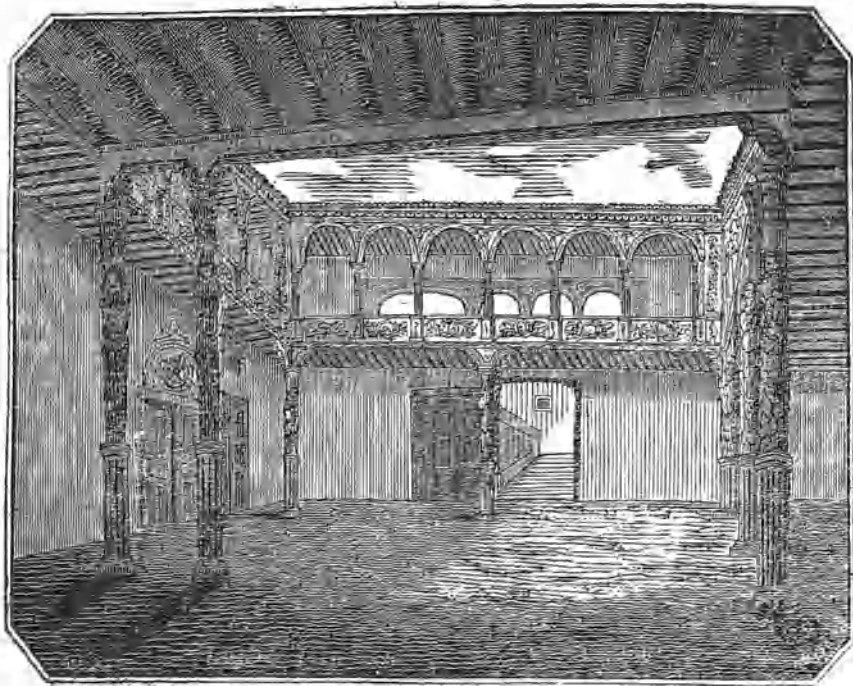
La burla es el relámpago de la calumnia.

Si no quieres que se sepa, no lo hagas.

Las aves que atraviesan el aire solo dejan un sonido: el hombre pasa y su fama le sobreviva.



ANTIGUEDADES ESPAÑOLAS.



VARELA

El patio de la Infanta en Zaragoza.

A la manera que los hombres tienen una época de vigor y lozanía, en la que concluyen de formarse su genio y desarrollarse sus facultades, imprimiendo á su existencia un sello peculiar y característico, así las poblaciones tienen igualmente una época de apogeo y engrandecimiento, que deja en ellas indelebles recuerdos gravados en sus leyes, sus costumbres y sobre todo en sus edificios. Circunstancias particulares suelen aunarse y contribuir á este engrandecimiento; tales como la estancia prolongada de una corte brillante y poderosa, el engrandecimiento de algunos hijos de la población que desean vincular su memoria á las paredes que los vieron nacer, ó bien las circunstancias políticas que atraen sobre un pueblo las demostraciones de benevolencia de un partido vencedor. Así por ejemplo, la época de Madrid puede fijarse en el reinado de Carlos III, de cuyo tiempo datan casi todos sus paseos, su policía y ornato, la mayor parte de los establecimientos públicos y sus mejores edificios.

Por lo que hace á Zaragoza, podemos fijar su época en tiempo de los Reyes Católicos y de su nieto el Emperador Carlos V, cuya fecha llevan la mayor parte de los edificios públicos y particulares de aquella ciudad dignos de atención. En tiempo de los primeros hubieron de contribuir para ello no pocas circunstancias consi-

derables, tales como las varias Cortes que allí se celebraron, la residencia frecuente de la Reina Doña Isabel y los magnates castellanos con un pocos portugueses, el cariño y respeto que profesaba el Rey D. Fernando á la capital de su reino, la multitud de sabios especialmente historiadores y jurisconsultos que abrigaba en su seno, y sobre todo la opulencia de su nobleza que despues de acompañar á su rey á la conquista de Granada, al volver á su patria deseó reproducir en sus casas solares muchas de las bellezas y comodidades que observára en la capital de los Arabes. Así es que la mayor parte de los palacios y casas de ricos propietarios de Zaragoza parecen construídos ó cuando menos renovados en aquella época, restando apenas vestigios de épocas mucho mas antiguas. Moles inmensas de ladrillo, decoradas con algunas labores de lo mismo, las puertas con su arco de herradura ó medio punto, labores, rosetones y molduras esculpidas en los grandes voladizos de los tejados, escudos nobiliarios encima de las puertas, y los grandes balcones á gran distancia unos de otros forman la parte exterior del edificio. En lo interior los patios de mas ó menos gusto, la ancha escalera con el techo adornado de viehas y follages, y tal cual artesonado en algun vetusto salon, concluyen de caracterizar el edificio.

Pero lo que mas llama la atención en ellos es la rareza de sus patios (ó lunas), que por lo comun no tienen género alguno de arquitectura, y por lo caprichoso de sus adornos, y sus largas y esbeltas columnas, recuerdan las construcciones de los Arabes. Apenas hay casa de alguna grandeza y comodidad, que no tenga su patio mas ó menos pequeño. Estas columnas (á veces de jaspe ó mármol negro), constan por lo comun de una base caprichosa, y la caña de la columna adornada en su parte inferior de istrias y follages. Sobre el capitel descansa el arquitrave adornado tambien de rosetones y molduras, y que suple la falta de cornisa en casi todos ellos. Pero sería imposible describir exactamente aquella multitud de construcciones ideales y caprichosas, la mayor parte de ellas sin orden determinado. Entre los muchos que pudiéramos citar recordamos los de Sástago, Fuentes, Proteccion del Canal, y el de casa de Don Diego Pardo restaurado hace poco tiempo.

Pero el que mas llama la atención entre todos ellos es el del palacio (titulado de la Infanta, llamado así, por haber pertenecido á la Condesa de Torres-Secas, célebre por sus amores y triste casamiento con el Infante D. Luis, hermano menor del Rey D. Carlos III, y víctima de la suspicacia de éste. Este palacio se halla situado en la calle de S. Pedro, y por su exterior ofrece muy poco notable. Tampoco lo ofrecería quizá el patio, ni hubiera llamado la atención probablemente, (como no la llaman otras cosas mas notables y mejor conservadas), a no ser por la circunstancia de hallarse instalado el Liceo en los salones de aquel edificio.

El patio es un cuadrilátero, y consta de dos cuerpos. El primero tiene ocho columnas revestidas de estucos y adornadas de cariatides, follages, viehas y mascaroucillos. El segundo tiene seis arcos menores á cada lado, cuyas columnitas son de mármol blanco y su hechura pertenece al género plateresco.

Forman el pretil de los seis arcos que hay á cada lado, otros tantos medallones: los cuatro del medio contienen un retrato de relieve, y los dos de los extremos varios pasages de los trabajos de Hércules y otros asuntos mitológicos, bastante bien ejecutados y conservados. No así los 16 retratos, que se hallan tan sumamente deteriorados, que apenas pueden conocerse sus fuciones, aunque por el traje y algun otro indicio se puede inferir, que representaban caballeros y personajes del siglo XVI.

La escalera es por el mismo estilo y gusto que el patio, con el cual hace armonía, y el techo de ella consiste en un artesonado de madera bastante destrozado, por debajo del cual corre un balconcillo. Al pie de la cornisa hay otros ocho retratos de relieve, (dos á cada lado), que corresponden á los del patio, y en cada esquina de la escalera una gran concha para dar á la barandilla y artesonado una figura octógona.

Por lo que hace á la época de su construcción era fácil adivinarla aun cuando no lo declararan varias cartelas en las cuales figura la fecha de 1550. ¡Ojalá revelaran lo mismo el nombre del autor!

Quisiéramos no tener que hablar del estado de conservación de este edificio, que es por cierto el mas

deplorable. Los estucos se ven deteriorados por la mano del tiempo y la del hombre, los mármoles y relieves rozados, las paredes denegridas, y por fin los tabiques de ladrillo intercalados en las columnas del segundo cuerpo; y tal cual puchero de almazarron en las narices de algun presunto héroe, concluyen de realzar aquel cuadro de abandono y desolacion. Para su complemento figuran dignamente por los rincones la tartana llena de polvo y telarañas, ó bien alguna desvencijada calesa, por hallarse el piso bajo arrendado á un alquilador de coches.

Si el Liceo de Zaragoza hubiera podido continuar en el estado de prosperidad y grandeza que tuvo en alguna época, es probable que hubiera tratado de que este edificio se aseára y reparara algun tanto, siquiera por su propio decoro, y por no ofender con el repugnante aspecto del abandono, las miradas de los socios y de los artistas, que fueran á visitarlo. Por desgracia el Liceo de Zaragoza, en otro tiempo tan favorecido, se halla en decadencia, como casi todos los de su especie, víctima de mezquinas rivalidades.

En sus salones se conservan aun algunos cuadros de bastante mérito, procedentes casi todos del monasterio de Veruela. Entre ellos merecen atención, uno original de Mr. Verdún, que representa la curacion de un ciego por S. Bernardo: dos retratos de los Reyes D. Alfonso el Casto (segundo de Aragon) y Don Pedro el Católico, y varios cuadros históricos sobre asuntos de las Ordenes de Alcántara y del Cister. ¡Ojalá que todos los establecimientos de esta especie hubieran procurado igualmente engalanarse salvando algunos despojos de la rapacidad, que ha devorado la mayor parte de nuestra riqueza artistica.

V. DE LA F.

COSTUMBRES PROVINCIALES.

LOS RAMOS EN SALAMANCA (1).

A la hora del Ramo hallanse ya reunidos el galan y las mozas en el punto de donde aquel debe salir, designado desde que se concibió tal idea, como que á él y al curso que han de llevar estan adoptadas las canciones y relaciones, todos lujosamente ataviados en cuanto lo permiten los no poco chocantes y vistosos trajes de charros y de charras. Numerosos espectadores concurren al mismo tiempo al toque de campanas á la carrera que el Ramo debe llevar, y lo mismo á cojer puesto en la iglesia, en la que á veces es imposible penetrar cuando aquel llega. Tal suele ser la concurrencia del pueblo y de sus inmediaciones. El orden de su colocacion es poniéndose regularmente cinco mozas en fila como para marchar de frente, detrás de estas otras cuatro, delante de todas el galan con el Ramo, y la del medio de la fila primera lleva un pandero adornado tambien con lazos y con cascabeles de laton y de plata. El galan va descubierto y en cuerpo durante la funcion, y las mozas llevan solo

(1) Véase el número anterior.

en la cabeza un pañuelo blanco, y en las manos la torta de que mas atrás se ha hecho mención.

Un golpe de pandero anuncia el principio de la función, al cual siguen una ó dos cuartetos cantados á coro por las mozas y acompañadas de dicho instrumento. Después hay un leve momento de silencio para dar lugar al galán á echar su primera relacion, que, así como los anteriores cantares, es en sus ideas como si dijéramos el exordio de la función. Terminada dicha relacion y los vítores numerosos del público (á veces también silvos), prosiguen con sus coros, y á paso lento empiezan la carrera, sin dejar de cantar apenas en toda ella; pero cancionas alusivas siempre al objeto de la función, y á las ideas que les proporciona la posición que en ella ocupan. No obstante esto, mas de una vez he visto interrumpir el curso con una parada ó dos, para dar lugar al galán á decir nueva relacion á la vista de cualquier santa efigie que se encuentra en el camino, ó de otro objeto de que el poeta haya querido y podido sacar partido. Nunca se me olvidará la que oí á un galán en un Ramo de ánimas delante de un calavernario que encontraba en el camino, y de un mercado que había inmediato. Con dificultad hubiese escado el mejor literato el partido que el sencillo autor de aquella, mirando alternativamente á la muerte y á la vida, á la verdad y á la mentira, á la realidad y al engaño, al ruido y la eternidad del otro, y ridiculizar con sencillas pero filosóficas observaciones y comparaciones el afán con que procura el hombre acumular riquezas, para acortar las mas de las veces su vida, para no disfrutarlas, para crear enemigos de su existencia, y, lo que es mas, dejárselas después para su propia perdición casi siempre.

Al llegar el Ramo á la puerta de la iglesia, siempre echa el galán nueva relacion, en la que invita generalmente á sus compañeros á entrar en el santo templo, como en efecto lo hacen después de terminada, prosiguiendo cantando, y acompañados del sacerdote ó sacerdotes que revestidos han salido á recibirlos. Cuando se hallan cerca del altar mayor, se paran de nuevo, y al dar principio la misa cesan de cantar, sitúa el galán el ramo á un lado del mismo altar, donde ya de antemano hay colocadas algunas canastas de rosas para bendecirlas, y ocupando con corta diferencia todos el mismo lugar que antes, y cubriéndose las mozas la cabeza con sus mantillas, se arrodillan y oyen atentas la misa hasta pasado el Evangelio. Entonces se levantan de nuevo, cantan nuevas coplas, como para estimular al predicador á que principie su sermón, y se paran otra vez hasta que le termina, á cuyo final nuevos coros elogian su oratoria y el modo cumplido como ha desempeñado su misión. Prosigue luego la misa, y nuevos coros después de terminada, relativos á lo mismo y á animar al galán á que diga su última relacion, que como todas suele arrancar estrépitosos aplausos de los espectadores. Nuevas canciones siguen luego, con que las mozas victorean á su galán, y después cada una de ellas, empezando la del pandero, echan también la suya, siendo interca-

ladas todas con las coplas que en loor suyo cantan sus compañeras, y los vítores y vivas de ordenanza, terminando por último la fiesta con seguir cantando algunas otras coplas, epílogo de la función que se describe, y en que á un tiempo dan al público las gracias y le piden perdon de sus faltas.

Todo lo que acabo de decir corresponde á los Ramos que se hacen á algun Santo, y pertenecen á la clase de los alegres. Los tristes ó que se dedican á las ánimas benditas, son lo mismo que los anteriores en el modo de ejecutarse, si bien muy distintos en su carácter. Así, mientras en los adornos, toque de campanas, cánticos etc, respiran aquellos alegría, todo es en estos tristeza. Las mozas suelen ser viudas casi siempre, y un viudo ó un anciano el galán; sus trages un rigoroso luto; los adornos del Ramo y de las tortas y sus pañuelos todo es negro ó lo mas blanco, y hasta el Ramo suele ser de fruta de color oscuro; el pandero va destemplado, enlutado y desprovisto de cascaveles y sonajas; del Ramo suele ir también pendiente una efigie de las ánimas, y siempre un crucifijo, y hasta las pastas que lleva figuran regularmente calaveras y otras restos mortales humanos. Por otra parte el pausado tono con que en ellos se cantan las coplas, las ideas de estas y de las relaciones, el doble de las campanas, los trages de los sacerdotes, la tumba que hay en medio de iglesia, el oficio de difuntos que se canta, el sermón funerario que se pronuncia, y juntamente las lágrimas con que suelen ir acompañadas las relaciones por parte de las mozas y aun del público, todo es patético y triste, y todo nos recuerda aquella gran verdad que, aunque tan acreditada por la religion, la razon y la experiencia, no nos permite creer jamás nuestro apego á la vida. Los genios melancólicos, ya por naturaleza, ya por las grandes lecciones del mundo, ya por la irreparable pérdida de un objeto querido, prefieren sin duda estos Ramos á los otros.

Pero aun no termina en esto un Ramo. Falta todavía vender á pujas las tortas que llevaban las mozas, para ceder su importe, que suele ser en trigo y pagadero por Agosto, al Santo por quien se ha hecho la función, ó á las ánimas; falta también vender las rosas, conejos y demas objetos comestibles del Ramo, y las canastas de rosas que de intento se pusieron á bendecir junto al altar para dar á su importe igual destino; también falta á las mozas, galán, cura, poeta y á sus familias y convidados, celebrar aquel día con una opípara comida en medio de la mayor algazara, mientras suenan á la puerta tamboril y gaita, instrumentos pastoriles de aquel país; últimamente falta dar cima á la fiesta, teniendo por la tarde un baile público también de gaita y tamboril, en que bailando la *charrada*, *fandango* y *habas verdes* acaban de lucir los jóvenes de ambos sexos sus gracias y vistosos trages. Así da fin una diversion, que por mas de dos meses tiene en expectativa á toda una comarca, que forma á un tiempo un acto religioso y agradable, que proporciona no pocos recursos para el culto del Santo por quien se hace, que no pocas veces es núcleo de

amores y de bodas, que llena una página mas de los anales históricos del lugar, y que hasta suele dar nombre y apellidar al galán de la misma, con cuyo nombre de *galán* he visto yo llamar despues á algunos, y lo mismo á sus sucesores. ¡Y quién sabe, si el mismo apodo despues de luengos años pasará á ser apellido ó título de familia, como han llegado á nuestros días los de algunas, debidos á las proezas ú otras circunstancias de sus antepasados!

MIGUEL POLLO Y LORENZO.

VIAJES.

RAPIDA OJEADA

SOBRE LAS ISLAS CANARIAS.

I.

LA LLEGADA.

Querido amigo: una humorada, de tantas como en este siglo de caprichos, tienen los hombres, me ha hecho ver la patria de los *Iriartes* y de los *Bencomos*. Te dejé disfrutando de las delicias del Prado, y despues de haber saludado la célebre *Giralda*, y haber admirado los magníficos vapores, que embellecen con sus banderolas el Guadalquivir, descansé en la soberbia Cadiz, de cuyos encantos no quiero acordarme.

La casualidad puso en mis manos el tomo de nuestro *Semanario Pintoresco*, del año anterior, y la lectura de los artículos que contiene sobre las Canarias, me hizo concebir la idea de visitar este país, célebre por tantos títulos. Así es, que dejando para mas adelante mis correrías por las costas del mediterráneo, que como tu sabes, era mi objeto, resolví arrojarme en las encrespadas olas de Atlántico. A los cinco días ya me hallaba á bordo del místico *Buen mozo*, bien conocido por el excelente trato que en él se dá á los pasajeros, y por la afabilidad y distinguida educación de sus consignatarios (1), y á los cuatro mas, ya me rodeaban las empinadas cumbres de las *antiguas afortunadas*.

El mar estaba en calma: un cielo hermoso aparecía sobre nuestras velas latinas, y ceñía todo el horizonte; y una brisa fresca daba un movimiento al buque tan rápido y suave, que hacia sentir las mas agradables sensaciones. Pero mayores eran las que experimentaba yo al contemplarme en medio de un archipiélago, que desde el inmortal *Colón* hasta nuestros días ha sido visitado con entusiasmo por una multitud de hombres célebres.

Las dulces emociones de mi corazón se aumentaron mas, cuando al amanecer del quinto día me vi ya en la hermosa bahía de la capital de las Canarias, que queda al E. de la Isla de Tenerife, y está fundada sobre las antiguas playas de *Añaza*. Poco antes acababan de fondear cuatro buques de guerra Ingleses, y á breve rato los cerros áridos y volcanizados, que circundan la plaza de Santa Cruz por la parte del N. y del O, retumbaron con el estrépito del cañon, por los saludos de ordenanza. En medio del estruendo, no fui dueño de mi imaginación, y me entregué á profundas consideraciones sobre la influencia de la paz entre los pueblos civilizados. ¡Es posible, me decía á mi mismo, que la generosidad Isleña ha sabido perdonar al pabellon Británico, tantos días de luto y de amargura, como le ha hecho sufrir en diferentes veces! y es posible, añadia, que la fiera Albion saluda cariñosa á una plaza que por mas de una vez reprimió el orgullo de sus Almirantes, de aquellos hombres que dominaban los mares, y que llevaban la victoria sobre la punta de su espada! Si, no hay duda, esto es una verdad. Olvidados están los hechos históricos de los memorables años de 1657 y 1798...! Me explicaré en breves palabras.

En el primero de estos fueron testigos las playas de *Añaza* de un acontecimiento horroroso, pero revestido de un grado de heroicidad de que hay pocos ejemplos. Hallábase surta en esta bahía la flota Española, mandada por el general *D. Diego de Egués*, y por el almirante *D. José Centeno*, compuesta de once velas, que venia de la América cargada de tesoros para el Erario, cuando el 30 de Abril se presentó la escuadra del célebre y denodado almirante *Roberto Blake*, que venia en busca de nuevas glorias, y de una rica presa. Intimó la rendición; y la rendición, y la respuesta del esforzado *Egués* fué: *que venga acá si quiere*. Este laconismo, digno de un saguntino, ó del inmortal defensor de Zaragoza, fué la señal de ataque. Horrorosa fué la refriega; y sin embargo del vivo fuego de la flota, y de la heroica defensa de la plaza, que se hallaba guarnecida con mas de doce mil hombres, se vieron las naves Españolas á punto de ser presa de sus enemigos. En este conflicto, y empezado ya el abordage por los Ingleses, á una señal del intrépido *Egués*, fué incendiada toda su flota, y en breve reducidas las naves á ceniza, pereciendo muchos defensores de ambos pabellones: quedando con esta acción inmortal salvado el honor castellano, y lleno de confusión el orgullo de la que se apellida reina de los mares. Continuó *Blake* el bombardeo contra la plaza, siempre recibiendo nuevas pruebas del valor Isleño; hasta que, á beneficio de la obscuridad, levantó anclas en la noche inmediata, con sus buques maltratados, y mas de quinientos hombres fuera de combate. En cuanto á los tesoros, hablan con variedad los autores; unos dicen que fueron sumergidos, y otros que se salvaron por el celo infatigable de los Isleños. Yo creo que si esto último no está bien averiguado, nuestro Gobierno debia adoptar algunas medidas para que se examina-

(1) Los Señores D. Luis Orosa y D. Bartolomé Cifra, del Comercio de Cadiz y de Sta. Cruz de Tenerife.

sen los fondos limpios de esta rada, en aquellos puntos en que según la tradición del país, estuvo fondeada la flota Española. Ojalá que el Excmo. Sr. Ministro de Hacienda no deje pasar desapercibida esta indicación!

El segundo año, de los que hemos citado, llenó también de gloria á nuestros isleños. Corría, en fin del siglo pasado, la encarnizada guerra entre la España y las Islas Británicas, que tan fecunda fué en hechos memorables, cuando la víspera del Apóstol Santiago, del referido año, fué atacada improvisadamente la plaza de Sta. Cruz, por la formidable escuadra al mando del invencible *Nelson*, llegando á tal punto el arrojó de los Ingleses que, en medio del horrible fuego de las baterías, verificaron un desembarco, posesionándose de varias calles de la capital, y haciéndose fuertes en el convento de Sto. Domingo. Héroe fué la defensa de los bravos Isleños, batido denodadamente al enemigo que se hallaba dentro de sus mismos hogares; y cuando el soberbio *Nelson* venía á socorrerlos en persona, con nuevos refuerzos, hallándose ya sobre la punta del muelle, una bala, disparada con ojo certero, le rompió un brazo, cuyo feliz acontecimiento llenó de un indecible entusiasmo á los naturales, y sumergió en la desesperación á los súbditos de Jorge III: y sin embargo de la inmensa ventaja que tenían los Isleños contra los Ingleses, fueron tan generosos que concedieron á estos, el 25 de Julio, una honrosa capitulación, pasando no obstante por la vergüenza de dejar en poder de aquel pueblo leal y esforzado las banderas que con tanto orgullo habían tremolado el día anterior, las que aun se conservan en su Iglesia principal.

Tales fueron, querido amigo, las reflexiones y los recuerdos históricos que ocuparon mi imaginación, al verme fondeado en la famosa bahía de Sta. Cruz de Tenerife. Mas dejando esto á un lado, te voy á hablar de otra clase de impresiones que experimenté desde el mismo punto.

Contemplaba en frente de mí vista la punta de E. de la Isla de Tenerife, que como he dicho, es en la que está situada Sta. Cruz. Es un espectáculo bastante pintoresco el que ofrece la costa desde los roques de *Anaga* hasta el Castillo de *Cerro-alto*, en cuyo punto se aplana el terreno y comienza la llanura que se estiende hacia el S. en la que se halla fundada la capital. Este punto de la costa está formado por grandes y escarpados cerros, de difícil acceso por la parte del mar, divididos por profundos barrancos, de origen no muy lejano á la costa, y que forman los pintorescos valles de *Igüeste*, *S. Andrés* ó *Salasar* (2) *Falle seco*, y otros de menos consideración. A cosa de media milla de la fortaleza de *Cerro-alto*, se embellece la costa con los diversos objetos que presenta la Villa de Sta. Cruz. Su espacioso é internado muelle, construido con excelente piedra de sillera; su blanco parapeto, ó muralla, que guarnece toda la cor-

tina, que si bien presenta algun obstáculo al enemigo, no impide la vista de los hermosos edificios que ofrece desde luego la parte litoral de la Villa; su graciosa alameda contigua al muelle; sus fuertes torreones, llamados por los naturales *castillas* que defienden la población; las dos elevadas torres que marcan la situación de dos templos de bastante mérito; y finalmente el conjunto de todo el caserío, salpicado de nevados y altos miradores, forman á la verdad un golpe de vista sorprendente; resaltando mas la hermosura de este cuadro, cuanto que los cerros que en lontananza forman como el centro de su perspectiva; son de un aspecto desagradable, estando formados por antiguos torrentes de lava: distinguiéndose en medio de ellos, el punto por donde pasa el camino que conduce al interior de la isla, por hallarse en él construida una pequeña fortaleza, y un molino de viento, en la parte superior de lo que llaman *la cuesta*.

Declinando la vista hacia la izquierda, esto es hacia la parte del S., se observan las crestas, ó puntos mas culminantes de las cumbres de esta Isla, que gradualmente van preparando el terreno para servir de base al soberbio y magestuoso *Pico de Tenerife*, de cuya célebre montaña solo se percibe desde la bahía una pequeña parte de su cúspide, por impedir su vista total, las cumbres de que hemos hablado. Y continuando su rumbo el ojo observador, vé deprimirse insensiblemente las grandes moles, que forman las alturas de la Isla, por los puntos del *Cuchillo*, *Arujo*, *Guimar* y la escarpada *Ladera*, en derechura de las desiertas playas de *Abona*, hasta quedar confundidas las riberras de aquella parte del S. con las bulliciosas olas del Océano.

Sino he acertado á describirte bien mis observaciones desde la bahía de Sta. Cruz, aunque la verdad es lo que guía mi pluma, debes tener paciencia, y lamentarte de tener un amigo de tan reducidos conocimientos como yo. Si aun esto no te satisface, espero que lejos de hacer conmigo el oficio de severo *Aristarco*, recompensándome mal mi buena intención, te resuevas á pasar cuatro ó cinco dias en la amable compañía del buen *Orozco* (3) y veas á ver las cosas por tí mismo. Entre tanto continuaré mi comenzada tarea, pues deseo proporcionarte nociones exactas de este olvidado país, para que puedas sacar á muchos de nuestros compatriotas de los errores en que están metidos sobre las Islas Canarias: siendo de lamentar que en ocho años que cuenta ya la apreciable publicación del *Semanario Pintoresco Español*, solo se hayan insertado en él cuatro artículos, con respecto á un país que tan interesantes cosas presenta, y que forma una parte integrante de nuestra Monarquía. Adios, pues hasta otra ocasión: tu amigo

EL PENINSULAR.

(3) D. Blas Orozco, Capitan del Buen Mozó.

(2) Mr. Berthelot cometió el error en su mapa de Tenerife publicado en 1836 de poner dos valles, cuando el de *S. Andrés* es el mismo que el de *Salasar*.